

ECO DEL SEGURO

AÑO VI.

CIEZA 12 JUNIO DE 1910.

NÚM. 260.

BANCO DE CARTAGENA

CARTAGENA, MURCIA, SEVILLA, ALICANTE, HUELVA, LORCA, LA UNIÓN, ÁGUILAS, ORIHUELA, MAZARRÓN, CIEZA, CARAYACA, MELILLA, HELLÍN, ELCHE, CÁDIZ Y YECLA.

CAJA DE AHORROS

Saldo anterior	Ptas. 13.283.189'54
Imposiciones durante la semana	< 783.695'69
SUMA	Ptas. 14.066.894'23
Reintegros.	< 762.851'42
SALDO	Ptas. 13.304.042'81

Cartagena 4 de Junio de 1910.

SUCURSAL DE CIEZA. HORAS DE DESPACHO

CAJA: De 9 á 1, y de 3 á 4 y 1/2.
OPERACIONES Y GIROS: De 10 á 1.

DEL DIA

Estamos en pleno Junio, en el mes de San Juan, en el mes de los *rentos*.

Pobre es en nuestro pueblo el más en quien estamos, en el desgraciado año que sufrimos, porque las cosechas del campo se perdieron con las sequías pertinaces, y las frutas han experimentado daño grave con la última nube que casi totalmente las arrasó.

En este año y en este hermoso mes, el mejor para la clase proletaria, dá pena el campo, cuando en otras épocas llenaba los corazones de alegría.

Cuando fueron abundantes las cosechas, cuando las feraces y extensas heredades de nuestro término fueron fecundadas por el maná bienhechor de las copiosas aguas del cielo, el mes de Junio llenaba, á la vez que de dorados granos los múltiples depósitos de colonos y propietarios, de alegrías y de venturas los corazones, al contemplar el fruto bendecido de privaciones y anhelos, de trabajos y fatigas.

Allá en el dilatado campo, se contemplaban las cuadrillas, bulliciosas de jadeantes segadores, truncando con sus hoces afiladas y brillantes la mies dorada por los rayos del sol, y seca y crujiente por los ardores de la canícula.

Las veredas y caminos cubiertos constantemente se observaban de acémilas y carros cargados de áureas mieses, con dirección á las eras, en las que reinaba de continuo íntimo é inocente alborozo.

Las hacinas se veían crecer como por ensalmo, haciéndose en cada una artística pirámide con gualdos haces, las que después eran convertidas en blanca y mullida paja, alimento de los ganados, y en brillantes granos.

Allá, en el campo, todo era alegría, bienestar, venturas y gozos inefables.

Y es que cuando se logra el triunfo más cumplido en el trabajo más penoso y rudo, el corazón se ensancha y el alma se recrea al ver conseguidos sus nobles afanes, sus justas y santas aspiraciones.

Aquí, en el pueblo, se notaba la desanimación y el desaliento; porque las familias pudientes se ausentaban de él y marchaban á sus heredades, á disfrutar aquellas horas felices tanto y tan bién cantadas por Fray Luis de León; las clases pobres también se iban al campo á dedicarse á las faenas rudas de la siega y de la trilla, y aquí sólo quedábamos los de la clase media: Los que no teníamos propiedad á la que ir, á disfrutar de las delicias campestres, ni servíamos para desempeñar un puesto en las labores del campo.

Pero ¡ay! este año, todos, por desgracia, vamos á ser y estar iguales. Los ricos no se ausentarán, porque el campo más que producir gozos, llena el alma de tristezas y pesadumbres; los pobres tampoco van á él, porque ni hay puestos que desempeñar ni labores que hacer, y nosotros, los de la clase media, como todos los años, nos quedamos sin ir al campo, porque ni tenemos palmo de tierra propio en el que pisar, ni servimos para cumplir bien y desempeñar un puesto en las rudas faenas de la recolección.

Mal año empezó, para Cieza, y mal año sigue.

CONTRASTES

Alegrías y pesares

Las gentes serias procuran por todos los medios aparecer graves. Para

ellas la vida es un problema cuya incógnita solamente puede despejarse con cara de palo.

Y, sin embargo, no obstante los muchos motivos que hay para entristecerse, el mayor número de los luchadores por la existencia rien y sonríen cada vez más.

No es otro el secreto del éxito creciente que tienen las obras del género chico y la manía que á todo el mundo le ha entrado por hacer y decir chistes. Dime de lo que presumos, te diré lo que te falta.

Las gentes serias son atropas; en vez de ayudar, como suele decirse, á bién morir, se entretienen en acibarar la existencia de quienes le rodean.

Cerca de ellos la vida es un perpétuo suspiro; los perros ladran, los gatos bufan, hasta los pájaros en sus jaulas se muestran inquietos y receiosos.

Sucede, en un hogar tranquilo, que de pronto un niño siente una inevitable explosión de risa. El hombre serio adopta una aptitud grave; lanza miradas «puntiagudas» al atrevido y lo deja petrificado. ¡Para risas estamos! exclama con voz de trueno.

¿Qué es lo que pasa? Dice la cocinera en voz baja á la señorita más joven. No se, responde ésta; cosas muy graves.—¿Se acaba el mundo?—Mucho peor que eso! Han ganado las elecciones los destructores de la paz oficial y la han perdido los salvadores de la Humanidad.

La cocinera, asustada, va de puntillas hacia el fogón; inadvertidamente y llena de preocupaciones, echa dos veces sal al condumio y luego en la mesa el hombre serio arma gran tremolina. En la casa no se mueve ni una rata.

De pronto se oye un portazo. Es el hombre serio que se va, á sus quehaceres ó á la tertulia, para seguir agoran-

do catástrofes y conflictos sociales y políticos. En su domicilio la decoración cambia; los chicos rien, alborotan y hacen piruetas; el pájaro emprende sus armoniosos trinos; el gato juega con una bolita de papel; la cocinera la emprende con el tango del cangrejo y la señorita joven hace telégrafos, detrás de los visillos, con un primer teniente que monta la guardia, como si dijéramos, en la esquina de enfrente.

La sociedad es buena, ¿quién lo duda? pero es cuando se va á misa ó para resolver asuntos de alto interés doméstico; pero fuera esas ú otras circunstancias, solo sirve para atormentar á las gentes sencillas, que en fuerza de oír cosas tétricas concluyen por creer que el mundo ha sido creado para mortificación de los pequeños, de los débiles, de los supeditados á la voluntad ajena.

¡Qué lástima! ¡Es tan agradable vivir contentos y felices! Y el caso es que hay infinidad de seres que se consideran dichosos con cualquier cosa. Ved la risa franca y estrepitosa, de los niños. ¿De qué se rien? De nada, en realidad; del papirotazo que en el teatro Guñol da el polichinela al monigoto que hace de guardia de orden público en la escena.

Hay quien se entretiene con el vuelo de un mosquito y se divierte con la lectura de un folletón. Las gentes sencillas todo lo miran por el lado simpático y no se explica que haya gentes tan malvadas que hagan perder las elecciones á los que se sacrifican por el bien del país. ¡Dios mío! ¿qué más les daría votar por los blancos en vez de hacerlo por los rojos, y así se firmaría el sosiego universal?

Las gentes serias no pueden bajar de la altura. Han de verlo todo negro, han de hacer profecías siniestas, han de amargar la existencia á los que sienten

